



Sobre la literatura y el Premio Nacional de Literatura y los raros consuelos del oficio

Roberto Bolaño



Primero que nada y para que quede claro: Enrique Lihn y Jorge Teillier no obtuvieron nunca el Premio Nacional de Literatura. Lihn y Teillier están muertos.

Ahora entremos en materia. Puesto a escoger entre la sartén y el fuego, escojo a Isabel Allende. Su glamour de sudamericana en California, sus imitaciones de García Márquez, su indudable valentía, su ejercicio de la literatura que va de lo kitsch a lo patético y que, de alguna manera la asemeja, en versión criolla y políticamente correcta, a la autora de "El valle de las mariposas", resulta, aunque parezca difícil, muy superior a la literatura de funcionarios natos de Antonio Skármeta y Volodia Teitelboim.

Es decir: la literatura de Allende es mala, pero está viva, es anémica, como muchos latinoamericanos, pero está viva. No va a vivir mucho tiempo, como muchos enfermos, pero por ahora está viva. Y siempre cabe la posibilidad de un milagro. No sé, el fantasma de Juana Inés de la Cruz se le puede aparecer un día y le puede dar una lista de lecturas. El fantasma de Teresa de Ávila. En el peor de los casos el fantasma de Pedro Bazán. No se puede decir lo mismo de la literatura de S y T. A menos no los abra ni Dios.

Ahora bien: escribir -juro que lo lei en un periódico de Chile- que hay que apresurarse a darle el Premio Nacional a Allende antes de que le den el Nobel, me parece no ya una tonadilla de pelo desproporcionada sino que acredita al autor del aserto como un ignorante de antología. ¿De verdad hay inocentes que piensan así? ¿Y los que piensan así son inocentes o simples botones de muestra de una estulticia que se ha apoderado no sólo de Chile sino de Latinoamérica?

Hace poco, Nérida Piñón, celebrada novelista brasileña y asesina en serie de lectores, dijo que Paulo Coelho, una especie de Barbousse y Anatole France en versión telenovela de brujos cariocas, debía ingresar en la Academia brasileña puesto que había llevado el idioma brasileño a todos los rincones del mundo. Como si el "idioma brasileño" fuera una ciencia infusa, capaz de soportar cualquier traducción, o como si los sufridos lectores del metro de Tokio supieran portugués.

Además, ¿qué es eso de "idioma brasileño"? Una idea tan



La literatura de Isabel Allende es mala, pero está viva, es anémica, como muchos latinoamericanos, pero está viva. No va a vivir mucho tiempo, como muchos enfermos, pero por ahora está viva.

desmoronada como si habláramos del idioma canadiense o australiano o boliviano. Ciertamente, hay escritores bolivianos que parece que escriben en "idioma norteamericano", pero eso se debe a que no saben escribir bien en español o castellano, pero en el fondo, bien o mal, lo que hacen es escribir en español.

¿En dónde íbamos? En Coelho y la Academia y el sillón vacante que finalmente le dieron, gracias,

entre otras cosas, a popularizar el "idioma brasileño" a lo largo y ancho del mundo. Francamente, leyendo esto uno podría llegar a pensar que Coelho tiene un vocabulario (brasileño) comparable al "idioma irlandés" de Joyce. Pero no. La prosa de Coelho, también en lo que respecta a riqueza léxica, de vocabulario, es pobre. ¿Cuáles son sus méritos? Los mismos que los de Isabel Allende. Vende libros. Es decir: es un autor de éxito.

Y aquí llegamos a uno de los meollo de la cuestión. Los premios, los sillones (en la Academia), las mesas, las cenas, hasta las bacinicas de oro son, necesariamente, para quienes tienen éxito o bien se comportan como funcionarios leales y obedientes. Digamos que el poder, cualquier poder, sea de izquierdas o de derechas, si de él dependiera, sólo premiaría a los funcionarios. En este caso Skármeta es el favorito de lejos. Si estuviéramos en el Moscú neostalinista, o en La Habana, el premio sería para Teitelboim. Me da miedo (y asco) sólo de imaginármelo. Pero el éxito también tiene sus paladines: todos los cuanos mentales que buscan una sombra, que son legión. O todos los escritores que esperan una gauchada de Isabelita A. En fin, si he de escoger entre esos tres, yo también me decanto por ella.

Pero si de mí dependiera le daría el premio a Armando Uribe, o a Claudio Bertoni, o a Diego Maquieles. Cualquiera de los tres me parece creador de una obra con méritos más que suficientes para postular a tan digno galardón. Se me dirá que los tres son poetas y que este año toca a los narradores. ¡Cuándo se ha visto una regla, aunque sea no escrita, tan ambiciosa! Nicaragua, durante un largo período de tiempo, tuvo grandes poetas, desde el viejo Salomón de la Selva hasta Beltrán Morales. Narradores y prosistas, en cambio, tuvo pocos, la mayoría, además, perfectamente olvidables. Por esta regla de tres, un colectivo brillante de poetas hubiera debido compartir los premios con un grupo nefasto de prosistas y narradores. Esto es lo primero que tiene que cambiar en el Premio Nacional. Probablemente esto será lo único que cambie. El escritor joven, el que creece de fortuna y sólo tiene un nombre por llevar, sigue y seguirá en la intemperie, que es el cono de caza de los consagrados, de los que están satisfechos de sí mismos. Para ellos, sólo para ellos, tal vez no sea del todo inútil decir algo más.

Los que están satisfechos suelen ser iracundos, pero también son cobardes. Su discurso es el discurso de la mediocridad y del miedo y se desmorona con la risa. La literatura chilena, tan prestigiosa en Chile, no tiene más de cinco nombres válidos, eso hay que recordarlo como ejercicio crítico y autocrítico. También hay que recordar que

Diez nombres en pugna

El nombre del ganador del Premio Nacional de Literatura 2002 se dará a conocer este viernes. Hasta el momento, los postulantes a llevarse el trofeo son diez: Isabel Allende, Matilde Ladrón de Guevara, Luis Marín Piñero, Ernesto Murillo, Hernán Poblete Vana, Hernán Rivera Letelier, Volodia Teitelboim, Jaime Valdovinoso y José Miguel Vinas.

El jurado estará compuesto por Mariana Aylwin, ministra de Educación; Luis Riveros, rector de la Universidad de Chile; el poeta Raúl Zurita, ganador del Premio Nacional de Literatura 2000; Marcelo Prado, académica de la Universidad de Playa Ancha, y Alfredo Matus, representante de la Academia Chilena de la Lengua.

en la literatura siempre se pierde, pero que la diferencia, la enorme diferencia, estriba en perder de pie, con los ojos abiertos, y no arrojado en un rincón rotando a san Judas Tadeo y dando diente con diente.

La literatura, supongo que ya ha quedado claro, no tiene nada que ver con premios nacionales sino más bien con una extraña lluvia de sangre, sudor, semen y lágrimas. Sobre todo con sudor y lágrimas, aunque Bertoni seguro que añadirá el semen. La literatura chilena no sé con qué tiene que ver. Tampoco, francamente, me interesa. Eso lo tendrán que dilucidar los poetas, los narradores, los dramaturgos, los críticos literarios que trabajan en la intemperie, en la oscuridad; ellos, los que ahora no son nada o son poca cosa al lado de los pavos hinchados, se enfrentarán al reto de hacer de esa posible literatura chilena algo más decente, más radical, más libre de componendas. Ellos se enfrentarán, algunos hombre con hombre y otros más solos que la una, al reto de hacer de la literatura chilena algo razonable y visionario, un ejercicio de inteligencia, de aventura y de tolerancia. ¿Si la literatura no es esto + placer, qué demonios es?

El poder, sea de izquierdas o de derechas, si de él dependiera, sólo premiaría a los funcionarios. En este caso Skármeta es el favorito de lejos. Si estuviéramos en el Moscú neostalinista, o en La Habana, el premio sería para Teitelboim. Me da miedo (y asco) sólo de imaginármelo.



Sobre la literatura y el Premio Nacional de Literatura y los raros consuelos del oficio [artículo] Roberto Bolaño.

Libros y documentos

AUTORÍA

Bolaño, Roberto, 1953-2003

FECHA DE PUBLICACIÓN

2002

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Sobre la literatura y el Premio Nacional de Literatura y los raros consuelos del oficio [artículo] Roberto Bolaño.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile